

# El Eco de Cartagena.

AÑO XXX.—NÚM. 3539

DIARIO DE LA NOCHE

TELÉFONOS NÚMS. 4 Y 58

Cartagena.—Un mes, 2 pesetas; tres meses, 6 id. Provincias, tres meses, 7'50 id.—Extranjero, tres meses, 11'25 id.—La suscripción empezará a contarse desde 1.º y 16 de cada mes. Números sueltos 15 céntimos

El pago será siempre adelantado y en metálico o letras de fácil cobro.—Corresponsales en París: E. A. Lorete, rue Cúmarin, 6. Mr. J. Jones Faubourg Montmartre, 31, y en Londres, Fleet Street, Mr. C. 166.—A ministro D. Emilio Garrido López.

**LAS SUSCRIPCIONES Y ANUNCIOS SE RECIBEN EXCLUSIVAMENTE EN LA REDACCION Y ADMINISTRACION, MEDIERAS 4.**

Sábado 26 de Abril de 1890.

## ¡NO MAS VIRUELAS!

En vista de los felices resultados obtenidos de la inoculación de la linfa vacuna procedente del Instituto de Murcia, se han traído cristales para la venta en la farmacia de la Sra. Vidia de Martí.

Para mayor seguridad se renuevan cada 15 días. Precio 3 pesetas. Mayor 28.

## ECOS DE MADRID.

25 de Abril 1890.

Un mes ha necesitado la primavera para no dejar por embustero al almanaque. Desde que debió aparecer con sus tibias brisas, sus hermosos celajes y sus perfumados fluvios, hasta hace dos ó tres días que se ha sentado el tiempo, como se dice vulgarmente, habremos vivido en primavera, pero nadie lo ha conocido. Es decir, no han faltado motivos para convencernos de la exuberancia de vida y hasta de la exuberancia de barbarie, pero la estación florida no se nos había presentado bajo su aspecto agradable.

Hemos tenido la famosa campaña entre maluteros y dependientes del resguardo de consumos a palo limpio y con bastantes heridos y contusos; acto de verdadero salvajismo que se repetirá sin duda alguna por que esta clase de combates son como las carezas aunque no saben tan bien.

Hemos tenido el petardo del paseo de Recoletos que como saben los lectores ha causado dolorosas y graves heridas a un joven que tuvo la desgracia de sentarse en el banco del paseo debajo del cual había colocado una mano infame el proyectil.

Cuestión de juego dicen los agentes con la mayor frescura, cuando comienzan los petardos.

Triste juego que causa una barbarie que no puede castigarse, porque jamás se sabe cuál es la mano que ejecuta por más que se sospeche cuál es la cabeza que dirige y manda.

Los periódicos cuentan que la autoridad ha recibido un anonimo anunciando dos nuevos petardos.

No será extraño que la amenaza se realice.

También los estudiantes de farmacia andan resueltos. Su grito de guerra es: **Abajo las boticas militares!**

—**Abajo** para el porvenir, decía un tendero. Aun no tienen botica y se curan en salud para cuando la tengan.

La verdad es que han demostrado gran previsión bajo el punto de vista mercantil; pero no así bajo el punto de vista científico, porque si persisten en no asistir a las clases, algunos van a perder el año.

No sucederá lo mismo a los otros estudiantes que en las primavera anteriores iban por las mañanas al Parque de Madrid a estudiar y en vez de hojear los libros se andaban por las ramas cogiendo lilas. El previsor Ayuntamiento ha suprimido los racazos de la preciosa flor lila querida de los madrileños y este año no habrá en el antiguo Retiro más lilas que

los que pasen por sus frondosas alamedas.

Otra manifestación de barbarie tengo que citar al lado de las anteriores. Anteayer se estrenó en el teatro de Esclava una zorzuelita y los amigos de la empresa ó de los autores que esto no se ha averiguado, saturaron la atmósfera de gas sulfúrico, estigmas y otros gases nocivos. El público comenzó a estornudar, a taparse las narices y fue preciso ventilar la sala para que pudieran permanecer los espectadores en sus puestos sin asfixiarse. ¡Una gracia!

La compañía del alumbrado de gas es enemiga del teléfono. El Ayuntamiento le ha exigido que adopte este adelanto y se ha negado a ello... para evitar que a todas horas la molesten con quejas los consumidores de su producto no siempre de buena calidad.

Muchos de los médicos que se apresuraron a poner teléfono han renunciado a él. Dicen que no cesaba un instante de sonar el timbre eléctrico. No solo los enfermos, sino hasta los sanos los aburrían a fuerza de preguntas.

—Tilín tilín tilín ¿Cree V. que debo ponerme hoy más abrigo?—Tilín tilín tilín. Mánduele la cabeza ¿qué me receta V.? Y así por el estilo.

Los sastres y las modistas ni oír hablar del teléfono quieren.

No me parece que es el progreso está llamado a prosperar en nuestro país.

Pero no faltan otros negocios lucrativos.

Se ha descubierto que había en Madrid quien espantaba a los mendigos. El negociante en lástimas, tenía cuatro ó seis pobres listados que recorrían las calles implorando la caridad y por la noche tenían que entregar a cambio de un mal rancho y un mal jergón el producto íntegro de las limosnas. Si presumía que se guardaban algo; cuando llegaba a casa su yerno un guardia de orden público que ha sido destituido, se encargaba de administrarle un correctivo capaz de ponerlos en situación de inspirar más piedad al día siguiente.

Por fortuna la prensa periódica que está prestando grandes servicios a la sociedad se ha encargado de denunciar esta industria, que no veía la policía a pesar de sus cien ojos.

Julio Nombela

## Varietades.

Solución a la charada inserta en el número anterior:

CADETE

## Charada

El primero dos tres cuatro á quien tengo por vecino, tiene un dos prima tres cuarta del que saca gran partido.

A. A.

La solución en el número próximo.

## EL CASADO CASA QUIERE

—Papá!... Papá!... Papá! ya es hora de que se huyate usted.

—¿Qué hora es?

—Las ocho.

—¿De qué?

—Del día.

—¿De qué día?...

—De hoy, papá...

—¡Ah... sí!... pues déjame dormir: estaba en el primer sueño. ~~Antes no me acordaba~~ tarde serían lo menos las 9 y media... tuve una junta de minas importantísima: como que se trataba de abandonar las labores, por falta absoluta de metales.

—Pues con esa importantísima junta no debía usted tener muchas ganas de dormir.

—Así mismo las tengo, y puedes retirarte, hijo mío.

—Es que tengo que comunicar á V. un asunto de gran interés.

—¿Nos ha tocado la lotería?

—No se trata de loterías.

—¿No?... pues cuando me despierto, espontáneamente, me hablarás de ese asunto de interés. Mira, vete, ó te despido de mal modo, bastantes madrugones tengo entre pecho y espalda, de los que me facilitaba en pobre madre, que esté donde Dios le haya destinado... (Que regularmente será el infierno).

—¡Pobre mamá! ¿Qué buena era! Me voy pero pronto entraré de nuevo á manifestarte la novedad del día.

—Pero hombre, ¿qué demonio de novedad es esa?

—¿Qué novedad?... que quiero casarme, casarme, papá.

—Mira, no apagues; dame la camisa, que ya me he desvelado. Di, hijo mío, ¿has dicho que quieres casarte?... ¿Y quién es ella?

—¿Qué ella?...

—Hombre, la elegida para casarte.

—¡Ah!... no la he elegido aún.

—Mira hijo: ¿has tenido alguna pesadilla esta noche?

—No señor; al contrario; no he dormido y he pasado el tiempo conciliando ideas sobre el matrimonio.

—Y esta mañana, te has tirado al cuerpo algunas cañas, de la manzanilla que compré ayer, y negocio concluido.

—Tres nada más.

—Para el que no tiene costumbre y está en ayunas bastan tres para tomar una papalina.

—Estoy en mi cabal juicio; sé lo que me digo, y te he hablado de mi deseo de casarme, teniendo conciencia de lo que pienso.

—Pero no sabiendo con quién: eso es inverosímil. ¡Un muchacho que no tiene novia, ni un real, pensar en matrimonio, es ridículo.

—¿Tenía V. mucho dinero cuando se casó?...

—No; pero estaba enamorado... ¡enamorado!

(Que mal gusto debía yo tener en aquella edad.)

—Pues eso me pasa á mí.

—Pues entonces para que me has dicho que no tienes hecha elección?

—Y he dicho la verdad: de lo que yo estoy enamorado es del matrimonio.

—Me parece hijo que tienes un gusto muy estragado... si tocaran á descasarse verías tú lo que es el matrimonio. Tu madre...

—¡Ah!... ¡pobre madre mía que buena era!...

—Hombre te diré; buena... sí; la pobre no podía meterse con nadie de un modo tan recto, pero murmurando, ya... raciones no había quejas la mujer la oreja.

—Papá, respóndeme V. que está en el otro mundo.

—Ya lo creo si lo repato... (Dios le conserve por allá.)

Pues tu madre como decía, con sus tan buena me dió algunos disgustillos que jamás olvidaré...

¡Admirate! ¡era colosal!

—Algún motivo de V. para ello.

—Ninguno; mi genio alegre y decidido la hacían ver visiones en todas partes. Recuerdo en una ocasión que dudó de la fidelidad de una doncella que tenía, solo porque era muy bonita. ¡Qué injusticia!

Tu madre no creas que no tenía algún poco de razón: la chica me gustaba extraordinariamente.

—Papá: siquiera por el pudor, cálese V. esa debilidad.

—A cualquier cosa llaman los modernos debilidades.

—Bien; dejemos todo á un lado y vamos al grano; yo quiero casarme.

—Pues si cuentas con recursos y encuentras una mujer que te satisfaga por mi parte puedes enlazarte cuando quieras.

—Respecto á recursos, contaba yo con la protección decidida de V.

—Es decir, que no sólo has contado con mi protección, sino que hasta la quieres decidida.

Pues mira, lo siento, pero yo no puedo señalarte un diario para que hagas frente á tus necesidades; ni dentro de mi casa admito mujer alguna. Desde que tu pobre madre dejó de ser, juré que no entrara ninguna otra, ni en calidad de esposa ni en calidad de nada.

—Pues yo he jurado casarme y que mi mujer no se muera de hambre.

—Así debe ser; pero si te parece, venme á almorzar para tomar fuerzas, y despensa de tener el estómago lleno, continuaremos la discusión.

—Yo no tengo ganas de almorzar.

—Lo siento; yo si las tengo. Voy hablando demasiado y la conversación en ayunas debilita.

—Le acompañaré á usted, por hacer algo.

—Antonio, Antonio... chico, sirve el almuerzo, que ya es hora.

—Dice que aún no está. No tenga V. prisa; cuando el hombre piensa en las delicias del santo estado matrimonial, le es indiferente almorzar por la mañana ó por la noche.

—Eso de delicias se queda para los muchachos. Les que ya peinados casan, fundamos las delicias en otras cosas más positivas.

—¿Papá? ¿cómo es el donña Margarita, la viuda del administrador de correos y la señora Amparito?...

—Ya lo creo que es como que más de una vez he pensado por donña Margarita. Créale que si yo cometiera la torpeza de casarme por segunda vez, no me olvidaría de esa señora.

—Me alegro mucho, y se me acaba de ocurrir una idea voluminosa. A mí me gusta la chica, á V. la mamá, pues vamos á proponerles boda mutuamente, y así armaremos el lío. Hache de parientesos y todo eso lentos.

—Tú todo lo arreglas tú mismo y á mí no pesa siéntame, después de la resolución de no contraer segundas nupcias. Respecto á esas señoras, no creo que se atreverán á negarnos sus manos; las mujeres se arman mucho antes de anunciar un no.

—Vaya; pues fije V. el día y vamos á pedir las ditas.

—No; vale más que tu las pidas en mi nombre y en el tuyo, es igual; donña Margarita no se negará á lo que sea justo.